

Curso de capacitación para educadores cristianos infantiles

PATROCINADO POR



IMPARTIDO POR



Centro Superior
de Teología

Tema 1. El Alumno.

1.3. El alumno como recipiente de salvación y santidad

PROFESOR

Dr. José Luis Fortes Gutiérrez

Curso de capacitación para educadores cristianos infantiles

Sumario

Lecciones anteriores:

Tema 1. El alumno

1.1. Razones e importancia de la enseñanza de la Palabra de Dios a los niños

1.2. Psicología y pedagogía del alumno

Lección tercera:

1.3. El alumno como recipiente de salvación y santidad

1.3.1. El alumno necesita a Cristo como salvador

1.3.1.1. El alumno como campo de misión del maestro

1.3.1.2. La Palabra de Dios como semilla a sembrar en el campo de misión

1.3.1.3. El poder del Espíritu Santo como fuerza germinadora de la semilla

1.3.1.4. La respuesta de fe y arrepentimiento como evidencia interna de que la semilla está produciendo vida

1.3.1.5. La profesión de fe como evidencia externa de que la semilla ha germinado y desarrollado una nueva vida

1.3.2. Cada alumno necesita reflejar a Cristo en su vida

1.3.2.1. La santidad como objetivo final de la salvación

1.3.2.2. El carácter de Cristo como “vestido” que no hace aptos para las moradas eternas

1.3.2.3. La palabra como instrumento de santificación

1.3.2.4. La colaboración del creyente en su santidad

1.3.2.5. La obra del Espíritu como agente de purificación

1.3. El alumno como recipiente de salvación y de santidad

1.3.1. El alumno necesita a Cristo como salvador

Dentro de este apartado veremos lo siguiente:

- 1.3.1.1. El alumno como campo de misión del maestro
- 1.3.1.2. La Palabra de Dios como semilla a sembrar en el campo de misión
- 1.3.1.3. El poder del Espíritu Santo como fuerza germinadora de la semilla
- 1.3.1.4. La respuesta de fe y arrepentimiento como evidencia interna de que la semilla está produciendo vida
- 1.3.1.5. La profesión de fe como evidencia externa de que la semilla ha germinado y desarrollado una nueva vida

Examinemos uno a uno estos puntos:

1.3.1.1. El alumno como campo de misión del maestro

Por lo general los niños que asisten a la Escuela Dominical son hijos de creyentes que teóricamente viven en un ambiente cristiano donde se oyen conversaciones en las que se habla del Evangelio y de la vida cristiana, donde se ora y se lee la Biblia, donde se da gracias por la comida y se alaba al Señor, donde se habla sin palabras corrompidas y sin brusquedades, donde no se siguen costumbres paganas, etc. Además, y también teóricamente, estos niños acuden periódicamente a la iglesia desde su nacimiento o desde muy pequeños y participan en todo tipo de actividades de adoración a Dios o de contenido social cristiano como bodas, excursiones, refrigerios, etc.

El hábito de ver siempre a estos niños formando parte de la iglesia y comportándose externamente como cristianos puede inducirnos a pensar que todos ellos son genuinos creyentes que no necesitan que se les hable del arrepentimiento de sus pecados y de la fe en Cristo para salvación.

Puede que no nos equivoquemos al pensar que muchos de esos hijos de creyentes ya sean verdaderos cristianos. Como ya hemos visto en otra lección anterior un niño puede creer en Cristo con una fe genuina desde una temprana edad. Eso es lo que afirma la Palabra de Dios: *“Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti... Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quien has aprendido, y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras...”* (2 Ti 1.5a; 3.14-15a).¹ Su experiencia de conversión puede haber pasado desapercibida para nosotros porque aquellos que se han criado en un ambiente santo, como es el caso de algunos hijos de creyentes (2 Ti 1.5b), no necesitan experiencias de conversión al modo de los adultos en las que tienen que aborrecer y apartarse de una vida de extravío (Lc 15.11-21) (Hch 19.18-19). Algunos niños de familias

¹ Recordemos también las palabras de Jesús: *“... estos pequeños que creen en mí...”* (Mt 18.6).

cristianas no tienen que dejar una forma de vida pecaminosa como tuvo que hacer la mujer adúltera que se menciona en el evangelio de Juan (Jn 8.11, ni tienen que abandonar una ocupación indigna que les impida ir en pos de Cristo como tuvo que hacer Leví (Lc 5.28).

Por lo general los niños que tienen una familia cristiana no tienen un pasado abominable que lamentar, ni un presente en el que hay una esclavitud a un carácter moldeado por un medio ambiente familiar abiertamente hostil o indiferente a Dios. Por ello la conversión de la mayor parte de los hijos de los creyentes se produce de forma muy distinta a la de aquellos que conocen al Señor de adultos. La conversión de un niño es como la canalización de agua procedente de un lago y la de un adulto como la procedente de un río en época de lluvias. En ambos casos hay que canalizar agua, pero una está tranquila y la otra en fuerte movimiento.

Ahora bien, lo que hemos descrito, no nos habla de la generalidad de lo que sucede en la mayoría de niños de familias cristianas. En primer lugar porque muchos hijos de creyentes pueden estar rodeados del ambiente cristiano negativo de unos padres inconsecuentes que no viven la fe como debieran. Padres que no asisten con regularidad a los cultos, que critican delante de los hijos, que se llevan mal y discuten acaloradamente, que dicen malas palabras y tiene vicios, y, todo ello, sin tomar en cuenta que están siendo piedras de tropiezo para sus hijos. Ante este panorama cabría esperar que tales hijos sintieran aversión y rechazo por las cosas de Dios por parecerles éstas vana e hipócrita religiosidad (Mt 18.6-7). En segundo lugar, porque no debemos olvidar que, aunque los hijos de los creyentes están bajo las promesas de Dios² y en contacto con los medios de gracia,³ han heredado de sus padres una naturaleza pecaminosa (Gn 8.21) (Sal 51.5), y, por tanto, tienen una tendencia a hacer lo malo como cualquier otra persona (Ro 3.10-18,23). Y aún en el caso de que sus padres sean buenos y fieles creyentes, que les proveen del mejor medio ambiente cristiano posible, ellos pueden ser rebeldes, desobedientes e inclinados al mal. Este fue el caso de Esaú (Gn 26.34-35) y del hijo pródigo (Lc 15.11-32).

En definitiva, entre nuestro alumnado podemos tener niños que “ya son” creyentes y niños que “todavía no lo son” porque el pecado de sus padres o los suyos propios les impiden serlo. Ante esta situación es necesario que el educador cristiano infantil vea a su alumnado como un campo de misiones donde sembrar periódicamente la semilla del Evangelio. Y al hacerlo debe esperar que Cristo venga a las vidas de los niños llevándoles a creer en él y a seguirle como maestro.

1.3.1.2. La Palabra de Dios como semilla a sembrar en el campo de misión

Según las Escrituras, la semilla que ha de sembrar el sembrador en los corazones de las personas con la esperanza de obtener de ellas el fruto de una salvación genuina es *“la palabra del reino”* (Mt 13.19) o *“palabra de Dios”* (Lc 8.11). Esto significa que debemos

² Como veíamos en la lección primera, Dios ha dicho que quiere ser el Dios de los hijos de los creyentes (Gn 17.7; 18.19) (Mt 19.14) (Hch 2.39; 16.31).

³ Estos son aquellos medios que el Espíritu Santo utiliza para producir la salvación y/o la santidad. A saber: la predicación de la Palabra, la oración, la alabanza, la comunión de los santos, etc.

asegurarnos bien de que lo que sembramos en el corazón de los niños sea la Palabra de Dios: *“desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras...”*, pues sólo ella puede *“hacer sabio para la salvación”* (2 Ti 3.15).

La Palabra de Dios produce el nuevo nacimiento: *“Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”* (1 P 1.23). En el evangelio de San Juan la Palabra de Dios es llamada “agua”: *“El que no naciere del agua...”* (Jn 3.5); o “agua viva”: *“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva... el que bebiere del agua que le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”* (Jn 4.10,14). Sin el nuevo nacimiento nadie puede ver ni entrar el reino de Dios (Jn 3.3-5), por tanto esta es la primera gracia que tiene que experimentar un pecador antes de ser salvo.

La Palabra de Dios quebranta el corazón del pecador: *“¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?”* (Jer 23.29). Sólo ella penetra hasta lo más profundo del corazón para producir convicción de pecado: *“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”* (He 4.12). Sólo ella hace que el hombre se sienta mal consigo mismo por ser un pecador: *“Al oír esto se compungieron de corazón...”* (Hch 2.37). Así pues la Palabra de Dios quebranta el corazón duro por el pecado y una vez quebrantado es posible que éste reconozca su condición pecaminosa y transgresora: *“yo no conocí el pecado sino por la ley, porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás.”* (Ro 7.7b). En esa situación el hombre puede ver su necesidad de salvación: *“el mal está en mí... ¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?”* (Ro 7.21b,24).

La Palabra de Dios produce la fe que lleva a confiar que Cristo es el salvador: *“Y creyeron muchos más por la palabra de él y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo”* (Jn 4.41). ¿De qué forma actúa la Palabra en el pecador para llevarle a la fe? En primer lugar le abre el oído del corazón: *“Jehová el Señor me abrió el oído...”* (Isa 50.5a); *“La fe viene por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios”* (Ro 10.17); *“Y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía”* (Hch 16.14b). En segundo lugar le produce convicción y seguridad sobre aquello que escucha = creer “a” la palabra: *“Muchos de los que había oído la palabra creyeron...”* (Hch 4.4); *“Creyó Abrahán a Dios, y le fue contado por justicia.”* (Ro 4.3b).

Por tanto si es la Palabra de Dios la que produce el nuevo nacimiento de aquel que está muerto en delitos y pecados, si es ella la que quebranta el corazón duro e induce al arrepentimiento, si es ella la que hace oír con el corazón y lleva a creer a Dios, es decir, y en definitiva, si es la Palabra la que produce la salvación en todos sus aspectos, ¿cómo vamos a confiar en otra cosa que no sea en la Palabra de Dios para procurar la salvación de nuestros alumnos?

1.3.1.3. El poder del Espíritu Santo como fuerza germinadora de la semilla

Hemos visto que detrás del nuevo nacimiento, del arrepentimiento y de la fe siempre está la obra de la Palabra de Dios. Pero si analizamos los textos bíblicos con detenimiento nos daremos cuenta de que la obra de la Palabra sólo es posible cuando el Espíritu Santo la aplica con su poder al pecador: *“Él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa. Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también...”* (Hch 11.14-15).

Es por eso que en el evangelio de Juan se dice que el nuevo nacimiento lo produce “el agua” (la Palabra) y “el Espíritu”: *“El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”* (Jn 3.5). De hecho el “agua viva” es tanto la Palabra (agua) como el Espíritu (viva): *“el que cree en mí, como dice la Escritura de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él...”* (Jn 7.38-39a). La vida eterna está relacionada con la obra de la Palabra porque el Espíritu hace que ésta germine en buena tierra, es decir en un corazón preparado por él: *“El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna...”* (Jn 5.24a) cf (Hch 16.14b).

Es por eso que también el arrepentimiento y la fe son obras del Espíritu. Sobre el arrepentimiento y la convicción de pecado dice Jesús: *“Y cuando él (el Espíritu Santo) venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio...”* (Jn 16.8). Sobre la fe dice Pablo: *“Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo os de espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales.”* (Ef 1.17-20). Este último texto es muy interesante, pues según el apóstol Pablo el mismo poder que el Espíritu Santo usa para llevar a la fe a una persona es el que usó para resucitar a Cristo de entre los muertos.

Una iglesia local recurre a muchas actividades y un educador infantil puede disponer de muchos y diferentes medios para impartir su clase. Todas estas cosas pueden ser buenas y útiles, pero para la salvación de las almas no debemos confiar más que en la Palabra de Dios y en su aplicación con poder por el Espíritu Santo a la vida del pecador: *“Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. (= Palabra de Dios) Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, (= obra del Espíritu Santo) para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.”* (1 Co 2.1-5).

1.3.1.4. La respuesta de fe y arrepentimiento como evidencia interna de que la semilla está produciendo vida

El pecador tiene que arrepentirse de sus pecados y creer en Cristo para ser salvo: *“Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”* (Lc 13.3); *“El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios... El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”* (Jn 3.18,36).

No hay salvación posible sin arrepentimiento porque este es el que lleva al pecador a comprender la situación en que se encuentra delante de Dios y a buscar salvación en Cristo. En el arrepentimiento genuino están implicadas todas las facetas del alma humana: Mente, sentimientos y voluntad.

En el arrepentimiento está implicada la mente mediante un reconocimiento del pecado propio y de las consecuencias temporales y eternas que ese pecado conlleva: Job dijo a Dios: *“Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; Te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; Mas ahora mis ojos te ven.”* (Job 42.1-5). El hijo pródigo pensó: *“Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre.”* (Lc 15.17). El “buen ladrón” dijo: *“Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos”* (Lc 23.41a).

En el arrepentimiento están implicados los sentimientos a través de un aborrecimiento del pecado propio y de un sentimiento de indignidad por el cual la persona arrepentida no se considera merecedora de recibir cosa alguna de parte de aquel al que se ha ofendido: Job dijo: *“Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza.”* (Job 42.6). El hijo pródigo dijo: *“Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como uno de tus jornaleros.”* (Lc 15.19). El “buen ladrón” dijo al “mal ladrón”: *“¿Ni aún tú temes a Dios, estando en la misma condenación?”* (Lc 23:40b).

En el arrepentimiento está implicada la voluntad porque se desea confesar el pecado al ofendido acogiéndose a lo que éste tenga a bien disponer: Todo lo que Job dijo en (Job 42.1-6) es una confesión de su pecado a Dios. El hijo pródigo pensó y dijo al padre: *“Me levantaré e iré a mi padre, y le diré padre he pecado contra el cielo y contra ti...”* (Lc 15.18). El “buen ladrón” dijo a Jesús: *“Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”* (Lc 23.42).

No hay salvación posible sin fe en Cristo porque esta es la que lleva al pecador a confiar en el sacrificio de Cristo como pago por su deuda ante la justicia de Dios (Ro 5.1). Igual que sucede en el arrepentimiento sucede con la fe; también en ella hay un elemento mental, otro afectivo y otro volitivo.

En el aspecto mental de la fe el hombre entiende y acepta la versión que de las cosas da Dios. Si Dios dice que el hombre es pecador y merece la condenación eterna, pero que él en Cristo ha provisto un salvador para todo aquel que cree en él (Jn 3.16) (Ro 6.23), el que

cree dirá: “Amén, Señor”. O dirá en palabras de Labán y Betuel: *“De Jehová ha salido esto; no podemos hablarte malo ni bueno.”* (Gn 24.50). Por tanto el que cree no discute las cosas que Dios pueda decir sobre la condición del hombre y sobre cómo éste ha llegado a ser salvo (Ro 9.13-20).

En el aspecto sentimental de la fe se ama y acepta el don de Cristo con pleno amor (Fil 3.7-9). La fe no es resignación que acepta lo que Dios ha hecho en Cristo porque no queda otro remedio. La fe lleva al que cree en Cristo a no rechazar nada de la Palabra de Dios cuando esta explica los detalles de la naturaleza del don (Jn 12.44-50), y sí, por el contrario, a aceptarla, amarla y guardarla toda ella: *“El que me ama, mi palabra guardará...”* (Jn 14.23).

En el aspecto volitivo de la fe se busca llegar a Cristo para asir de su manto, para poner al enfermo ante él o para ungir sus pies con perfume y secarlo con los cabellos. Y cuando la fe tiene una voluntad firme y dispuesta ninguna multitud puede impedir que ese manto sea tocado o que ese encuentro se produzca; y ningún miedo al juicio de los hombres va a impedir que los pies de Jesús sean ungidos (Lc 5.18-20) (Mr 5.24-28) (Lc 7.37-38).

Todo pecador debe responder en su corazón al llamado a la salvación mediante el arrepentimiento y la fe. Así hacía el apóstol Pablo cuando al presentar el Evangelio hablaba del: *“arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo”* (Hch 20.21). Y esta respuesta es intransferible: *“De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí”* (Ro 14.12). El maestro lo sabe, y procura ser un instrumento del Espíritu, comunicando la Palabra de vida, para que esa respuesta interna del corazón se produzca.

1.3.1.5. La profesión de fe como evidencia externa de que la semilla ha germinado y desarrollado una nueva vida

La obra de la Palabra y del Espíritu Santo que lleva al pecador a reconocer en el interior de su corazón que ha transgredido la ley de Dios y que merece la condenación eterna pero que en Cristo Dios ha provisto un Salvador para todo aquel que cree en Jesús no es suficiente. Según la Biblia es necesario que el pecador de un paso más: *“Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, será salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.”* (Ro 10.8b-10).

A la obra interna de la Palabra y del Espíritu en el corazón del pecador le debe suceder otra externa de profesión pública de la fe en Jesús. El poder desplegado por gracia el pecador no puede ocultarse bajo el almud de la del temor a lo que puedan decir los hombres o del temor a perder alguna cosa. Según la Biblia algunos de los líderes judíos creyeron en Jesús, pero *“a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.”* (Jn 12.42-43). Quienes creen que es posible ser discípulos secretos de Jesús se engañan a sí mismos. Él dijo: *“A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue*

delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.” (Mt 10.32-33).

Por tanto, solamente cuando aquel que ha creído en Cristo con su corazón le confiesa públicamente con su boca puede hablarse de que ha sido alcanzado por la salvación: *“con la boca se confiesa para salvación”* (Ro 10.10b). ¿Cómo y cuando se hace esta profesión de fe? Según las Escrituras *“la buena profesión”* se hace *“delante de muchos testigos”* (1 Ti 6.12), lo cual es una referencia a los cristianos en general en su misión ante el mundo (Hch 1.8). Por tanto esto nos habla de que aquellos que han creído deben profesar su fe públicamente ante la Iglesia en algún momento posterior a la conversión. Los primeros convertidos al cristianismo hacían profesión de fe en el momento de su bautismo (Hch 2.41). Aunque las palabras de (Hch 8.37) no están en los manuscritos más antiguos, y por lo tanto no pertenecen al texto original, sabemos que nos hablan de la costumbre que tenía la iglesia primitiva de que los nuevos conversos hiciesen su profesión de fe en el momento del bautismo, formalizando con ello su incorporación al cuerpo de Cristo.

Pero la profesión de fe no acaba en ese momento fugaz de testimonio ante la iglesia. El cristiano debía profesar también su fe públicamente ante el mundo durante toda la vida. Las palabras de Jesucristo *“El que me confiese delante de los hombres”* (Mt 9.32), nos habla del permanente testimonio que los creyentes han de dar de Jesús durante toda la vida. El propio Jesús no dio ejemplo cuando: *“dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato”* (1 Ti 6.13).

1.3.2. Cada alumno necesita reflejar a Cristo en su vida

1.3.2.1. La santidad como objetivo final de la salvación

El propósito por el cual Dios nos salvó queda reflejado por el apóstol Pablo en las siguientes palabras: *“Según nos escogió en él (Cristo) antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él.”* (Ef 1.4). Este no es un texto aislado de las Escrituras, Pablo insiste de nuevo en ello cuando dice que *“la voluntad de Dios es nuestra santificación”* (1 Tes 4.3). El apóstol Pedro se expresa en los mismos términos al exhortarnos de la siguiente manera: *“como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.”* (1 P 1.15-16). Pero es el autor de la epístola a los Hebreos quien en tono de advertencia solemne nos dice: *“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.”* (He 12.14).

Así pues la santidad no es una opción que los cristianos podamos tomar o dejar según sea nuestro grado de compromiso con Dios. Dios nos ha salvado para ser santos, porque él es santo, y sin la santidad nadie le verá porque en sus moradas eternas no podrá entrar *“ninguna cosa inmunda”* (Ap 21.27).

1.3.2.2. El carácter de Cristo como “vestido” que no hace aptos para las moradas eternas

Metafóricamente hablando, en la Biblia se nos dice que para estar en el banquete final de bodas con Cristo habrá que vestir una vestidura que la Biblia llama el “vestido de boda”: *“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujiir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos.”* (Mt 22.11-14). Y, en la misma línea, también se dice que aquellos que estarán con Dios en las moradas eternas llevarán “vestiduras blancas”: *“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.”* (Ap 3.4-5) *“Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.”* (Ap 6.10-11)

Este vestido de bodas o vestiduras blancas nos habla de la santidad que han de tener las personas que han de estar finalmente con Dios (Col 3.12-14). Fue por eso que Cristo *“amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.”* (Ef 5.25-27). Con esto entendemos que ser santos y vestir vestiduras blancas es lo mismo.

Pero la Biblia va más allá y nos dice que los cristianos debemos vestirnos del “Señor Jesucristo” (Ro 13.14). Esto nos muestra que Jesús es el modelo de santidad al cual Dios quiere que seamos semejantes: *“vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”* (Ef 4.24). Por tanto cuando la Biblia dice que debemos ser santos no está diciendo que cada uno se fabrique su propio modelo de santidad. Los fariseos lo tenían y, según Jesús, ese modelo era un fraude: *“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.”* (Mt 23.25-28). ¡Confundían la santidad con la santurronería! ¡Confundían la santidad con mandamientos y doctrinas de hombres que no tienen valor santificador real alguno porque no refrenan los apetitos de la carne! (Col 2.20-23).

La verdadera santidad consiste en ser como Cristo: ser santos es pensar como Cristo, es actuar como Cristo, en vivir como Cristo, de modo que podamos decir: *“ya no vivo yo. Mas vive Cristo en mí”* (Gá 2.20). Perdimos la imagen de Dios por el pecado de Adán pero la podemos recuperar por el segundo Adán, esto es por Cristo. Él no sólo es el maestro y nosotros sus discípulos, sino que también es la lección a aprender: *“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”* (Mt 11.29). La frase “llevad mi yugo” era un modismo rabínico para decir: “venid a mi escuela” o “llevad una misma enseñanza conmigo”. Cristo quiere decir con ello que quiere enseñarnos como maestro la lección de ser como él como persona.

Es por ello que todos los comunicadores de la Palabra de Dios tienen la misión de *“perfeccionar a los santos... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo...”* (Ef 4.12-13). Y la razón de esto está que tenemos ser como Cristo para poder morar eternamente junto a un Dios tres veces santo.

1.3.2.3. La palabra como instrumento de santificación

Como no podía ser de otra manera, el mismo instrumento de salvación, la Palabra de Dios: *“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma”* (Sal 19.7a), es el instrumento de santidad: *“Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad”* (Jn 17.17). Sólo ella tiene poder para sobreedificar a los creyentes (Hch 20.32), sólo ella quebranta el corazón duro (Jer 23.29) para hacerlo arcilla blanda sobre la que pueda ser moldeado el carácter de Cristo (Ro 9.21-23).⁴

La palabra de Dios moldea nuestras conciencias capacitándonos para hacer toda buena obra (2 Ti 3.15-17). El profeta Jeremías había dicho que Dios haría un pacto nuevo con los suyos por el cual implantarían en ellos una conciencia según su ley: *“Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.”* (Jer 31.33). De esta manera el creyente no actúa por temor al castigo sino que lo hace por motivo de conciencia (Ro 13.5), es decir, porque entiende que es bueno lo que Dios dice que es bueno, y que es malo lo que Dios dice que es malo. Así un creyente santo *“hará lo bueno y lo recto ante lo ojos de Dios”* (2 Cr 14.2). Y esto sólo es posible cuando la Palabra de Dios establece “la norma” en nuestra conciencia de lo que podemos aprobar como bueno y condenar como malo.

Por otra parte, quienes no se santifican por la Palabra de Dios usan otros referentes para modelar sus conciencias. Estos son: 1) Sus propios criterios, o, 2) El criterio colectivo.

Del primero dice la Biblia: *“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos y él enderezará tus veredas. No sea sabio en tu propia opinión, teme a Jehová y apártate del mal.”* (Pr 3.5-7). Este texto nos muestra que quien juzga la legitimidad de sus actos por sus propios criterios no sólo no es sabio, sino que será un ciego que transita siempre por veredas torcidas y no lo sabe.

⁴ Ser como Cristo es ser vasos o recipientes de honra.

Del segundo dice la Biblia: *“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo.”* (Col 2.8). El pensamiento colectivo del mundo deriva de las mentes pecadoras de los hombres sin Dios que sólo buscan vivir la vida terrena con el mayor grado posible de libertad (libertinaje realmente) que les permita disfrutar al máximo de las cosas temporales. Moldear la conciencia con los esquemas y valores del mundo es lo que en Apocalipsis se describe como tener *“la marca o el nombre de la Bestia”* (Ap 13.16-18). Aquellos que no aman a Dios y siguen al príncipe de este mundo tienen una conciencia moldeada con valores y prioridades de esta vida y para esta vida (1 P 4.2-4), y no tienen a Dios en ninguno de sus pensamientos (Sal 10.4b).

Por tanto, sólo Las Escrituras deben ser el referente moldeador de la conciencia de un cristiano. Ella nos lleva a ser como Cristo, a vestir las vestiduras blancas o traje de bodas que necesitamos para acceder a las moradas eternas.

1.3.2.4. La colaboración del creyente en su santidad

La Biblia compara a la vida cristiana con una edificación sobre Cristo como fundamento, el cual ya *“está puesto”* por Dios (1 Co 3.11). Todos sabemos que nadie puede hacer nada para colaborar en el establecimiento del fundamento de su salvación, pues *“la salvación es de Dios”* (Jon 2.9). Cristo Jesús es el Salvador (Jn 1.29), el único Salvador (Jn 14.6) (Hch 4.12) (1 Ti 2.5). Nadie puede hacer nada para nacer de nuevo, esto es una obra de Dios (Jn 1.12-13; 3.3-8), nadie puede arrepentirse ni creer de sí mismo, estos son dones de la gracia de Dios (Hch 11.18) (Ef 2.8) (1 Co 1.26-31; 4.7). Pero... ¿Puede colaborar el creyente en su santidad? ¿Puede hacer algo para ser santo?

El apóstol Pablo responde a esto: *“Y si sobre este fundamento alguno edificare... la obra de cada uno...”* (1 Co 3.12a,13a), indicando que en la sobreedificación sobre el fundamento si podemos y debemos colaborar. Y esto es una referencia al tipo de vida cristiana que podemos construir o vivir y del cual somos enteramente responsables. Básicamente son dos los tipos de vida cristiana que podemos construir o vivir los cristianos: 1) una construcción o vida sobre cosas perecederas y sin valor: *“madera, heno u hojarasca”*, o, 2) una construcción o vida sobre cosas imperecederas y con mucho valor: *“oro, plata y piedras preciosas”* (1 Co 3.12). En el día del juicio seremos juzgados por el tipo de sobreedificación que hayamos hecho y recibiremos *“recompensa”* o *“pérdida”* según sea el tipo de construcción o vida que hayamos tenido (1 Co 3.13-15). Esto evidencia una vez más que somos enteramente responsables del tipo de vida que vivimos como creyentes.

¿Cómo podemos edificar una vida cristiana valiosa? Pues sencillamente amando a Cristo de tal manera que le sigamos habiendo renunciado a todo y cargando nuestra propia cruz: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.”* (Mt 16.24). Esto significa que un cristiano no puede llegar a ser santo si no es un discípulo de Cristo (él es el maestro y la lección y nosotros los alumnos) (Mt 11.29); y nadie puede ser un discípulo de Cristo mientras ame otras cosas más que a Cristo; y nadie puede amar a Cristo si no está dispuesto a sufrir juntamente con él. Por tanto edificar una vida valiosa es seguir a Cristo tan de cerca que terminemos siendo como él. Una vida así es valiosa ante

Dios porque es una vida de santidad *“sin la cual nadie verá a Dios”* (He 12.14). Por tanto cada uno debe mirar *“como sobreedifica”* (1 Co 3.10b).

El educador cristiano infantil debe asegurarse de que sus alumnos tengan claro todas estas cosas para poder decir como Pablo: *“... yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto mirad por vosotros...”* (Hch 20.26-28a).

1.3.2.5. La obra del Espíritu como agente de purificación

Además del texto de 1 de Corintios 3.10-15, San Pablo habla de la colaboración del creyente en su santidad en 1 Tesalonicenses 5.12-22. En este último texto dice algunas de las cosas que deben hacer los creyentes para comportarse como santos: 1) deben reconocer y amar a los que trabajan gobernando el rebaño v.12-13; 2) deben reprender el pecado y alentar el desánimo v.14-15; 3) deben devolver bien por mal v.15; 4) deben gozarse siempre v.16; 5) deben orar siempre v.17; 6) deben ser agradecidos a Dios por sus muchos beneficios v.18; 7) no deben apagar la influencia del Espíritu mediante conductas de pecado v.19; 8) no deben menospreciar la enseñanza de la palabra sobre cosas futuras v.20; y, 9) deben ser capaces de discernir el bien del mal para abstenerse del mal v.21-22.

Pero ante todo este llamado a la responsabilidad por su santidad el creyente debe saber que Dios mismo está interesado en que él llegue a ser santo, y que, por tanto, no le ha dejado solos ante una empresa de tanta envergadura. Es por eso que Pablo después del llamado a una conducta santa en (1 Tes 5.12-22) dice: *“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo...”* (1 Tes 5.23a). Y con no sólo vuelve a dirigir la mirada del creyente a la Palabra de Dios como instrumento de santidad, sino que él mismo quiere y procura la santidad de sus hijos: *“Y el Dios de paz... os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo...”* (He 13.21). ¿Cómo hace esto Dios?

Jesús dijo que no quedaríamos huérfanos con su partida, sino que enviaría al Espíritu Santo para que estuviera *“con”* nosotros (de forma corporativa = con todos los creyentes) y *“en”* nosotros (de forma distributiva = en cada creyente) (Jn 14.16-17). De esta manera nuestra responsabilidad de amar a Dios guardando su Palabra para santidad (Jn 14.21) se vería ayudada por la presencia del Espíritu para *“enseñarnos y recordarnos todas las cosas que Jesús ha dicho”* (Jn 14.23,26). Esta es otra manera en la que el Espíritu Santo *“nos ayuda en nuestra debilidad”* (Ro 8.26). El Espíritu Santo en nosotros lucha contra el viejo hombre implantando un deseo por hacer la voluntad de Dios que se opone al deseo de hacer la voluntad de la carne (Gá 5.16-17). De esta manera el Espíritu hace posible que el creyente manifieste en su vida el carácter de Cristo como un fruto: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.”* (Gá 5.22-23).

El educador cristiano infantil debe recordar permanentemente a sus alumnos la obra y auxilio del Espíritu en la santidad, para que éstos no se sientan solos ni se desanimen en la

construcción de una vida de seguimiento de Jesús que no está exenta de momentos difíciles.

BIBLIOGRAFÍA:

- ❖ MONCLÚS ESTELLA, *Educación y sistema educativo*, Ed. Universidad Complutense, Madrid, 2004.
- ❖ E. TRENCHARD, *El niño y la Escuela Dominical*, Ed. LB, Madrid, 1965.
- ❖ GARY COLLINS, *Hombre en transición*, Ed. Caribe, USA, 1978.
- ❖ H. HENDRICKS, *Enseñando para cambiar vidas*, Ed. Ed. UNILIT, USA, 2003.
- ❖ INA S. LAMBDIN, *El arte de enseñar a los intermedios*, Ed. CBP, USA, 1969.
- ❖ JAY E. ADAMS, *Capacitado para orientar*, Ed. PE, Barcelona, 1981.
- ❖ JILL MASTERS, *Enseñanzas para toda la vida*, Ed. Peregrino, USA, 2006.
- ❖ J. M. PRICE, *Jesús el maestro*, Ed. CBP, USA, 1973.
- ❖ L. SANDERSON, *Usando la Escuela Dominical en el Evangelismo*, Ed. CBP, USA, 1958.
- ❖ LUISA JETER DE WALKER, *Métodos de enseñanza*, Ed. Vida, USA, 1975.
- ❖ P. SÁNCHEZ DELGADO, *El proceso de enseñanza y aprendizaje*, Ed. Universidad Complutense, Madrid, 2004.
- ❖ TEDD TRIPP, *Cómo pastorear el corazón de su hijo*, Ed. SP, USA, 2004.
- ❖ VVAA, *Curso para la obtención del CAP de la Universidad Alfonso X el Sabio*, Ed. ICSE, Gran Canaria, 2005.
- ❖ VVAA, *Educación cristiana*, Ed. CITE, USA, 1992.
- ❖ VVAA, *Libro blanco de la enseñanza evangélica*, Editado por FERED, Madrid, 1990.
- ❖ VVAA, *Llamados a enseñar*, Ed. Caribe, USA, 1969.
- ❖ W. V. GRITTER, *Los principios de la enseñanza cristiana*, Ed. CITE, USA, 1990.

